

1264

José PEIRATS

LA
PRACTICA FEDERALISTA
como verdadera afirmación
de principios

EDITADA POR LA FEDERACION LOCAL DE PARIS,
C. N. T.

José PEIRATS

**La práctica federalista
como verdadera afirmación
de principios**

Conferencia pronunciada en la Federación Local de París
el 5 de abril de 1964 y en la Federación Local de Colommiers
el 10 de mayo del mismo año

EDITADA POR LA FEDERACION LOCAL DE PARIS,
C. N. T.

PREAMBULO

Al editar la conferencia que el compañero José Peirats pronunció en nuestro local el 5 de abril de 1964, la Federación Local de París considera cumplir con su deber para con la Organización y las ideas en general al divulgar esta exposición de crítica ideológica tan necesaria en estos momentos de crisis que estamos atravesando.

Consciente de la importancia y trascendencia del tema abordado por el conferenciante —sobre el cual resultan innecesarias toda clase de presentaciones, por ser de sobra conocida su personalidad y su posición en nuestros medios—, la Federación Local de París ha querido que lo expuesto en esta conferencia no quedara reducido al limitado ámbito local y que pudiera servir de motivo de estudio y reflexión para el resto de la militancia confederal, por lo que su decisión de publicarla en folleto no dudamos será bien acogida por todos los militantes que se preocupan por el presente y el futuro de nuestra Organización.

Hemos dicho que consideramos innecesario hacer la presentación del compañero José Peirats, porque no sólo estamos seguros de que no hay militante cenetista y libertario que no le conozca, bien sea a través de sus libros y ensayos o de su colaboración periodística en nuestra prensa, sino más bien por considerar que el valor de las ideas, juicios críticos y significativas advertencias vertido todo a lo largo de esta conferencia, tienen de por sí un valor intrínseco independientemente de la personalidad ideológica del compañero que ha tenido el coraje de enfrentarse a nuestra realidad interna sin prejuicios y con honesto realismo.

Los datos y hechos rigurosamente verídicos que Peirats señala al analizar nuestra realidad orgánica actual en el exilio podrán sorprender a muchos y llenarles de amargo desengaño al comprobar que el descenso militancial es todavía más grave que el que las cifras pueden indicar ya de por sí solas, pues evidencian en toda su crudeza una quiebra ideológica que amenaza con provocar la disolución de la que fuera la más poderosa y más revolucionaria de las organizaciones de lucha clasista del proletariado español, si antes la militancia confederal no reacciona poniendo coto a las causas que provocan esta quiebra y encuentra el remedio adecuado para superar la enfermedad que 25 años de exilio han hecho ya casi crónica.

Sin duda alguna habrá compañeros que no compartirán en su totalidad la tesis fundamental de la exposición de Peirats, así como rechazarán algunas de las conclusiones a las que él llega en la misma; pero dudamos que ningún auténtico

confederal pueda negar el valor de una exposición que, por primera vez, en el marco orgánico denuncia el uso y abuso de la demagogia para escamotear a la militancia el conocimiento de nuestra verdadera situación, así como pone en evidencia toda una serie de desviaciones y deformaciones cuya práctica se ha hecho hábito en ciertos grupos de nuestros medios militantes, agravando por su inconsecuencia ideológica la enfermedad que está corroyendo toda nuestra estructura orgánica.

Por esto y aun reconociendo que Peirats no lo ha dicho todo en su conferencia y que el tema no ha sido, seguramente, abordado en su totalidad, esta Federación Local ha considerado conveniente incitar a la militancia a reflexionar sobre lo que él nos ha expuesto y sobre todo cuanto relacionado con nuestra crisis interna la militancia pueda aportar en un intento supremo por detener nuestro descenso y salvar nuestra Organización.

Nuestra Federación Local ha sido siempre una de las primeras en levantar su voz frente a todos los desviacionismos y frente a todas las vulneraciones a las normas y los acuerdos regulares que, unas veces por unas razones y otras por motivos aparentemente opuestos, ciertos sectores militanciales se han empeñado en cometer con actitudes contrarias a los intereses orgánicos generales y han dado origen a una multiplicidad de problemas internos que nos han conducido hasta la situación presente.

Nuestro propósito se verá cumplido si la militancia acoge la edición de este folleto no con un simple interés crítico, sino con miras a realizar, a partir de un honesto reconocimiento de nuestra realidad y sus problemas, una labor constructiva de consolidación de nuestros principios fundamentales hoy en peligro y sobre los cuales descansa la razón de ser de nuestra Organización: «el sentido de responsabilidad orgánico, la autonomía de vaivén, la justicia con reciprocidad, en suma, el federalismo funcional».

Devolver a nuestra Organización, presionando y exigiendo desde la base la práctica federalista y exigir el cumplimiento de los acuerdos por todos, particularmente cuando éstos se refieren a nuestros compromisos de lucha contra el fascismo, impidiendo que el cansancio o el derrotismo den pase definitivo al castrador burocratismo y a la demagogia ideológica que han conducido a las organizaciones proletarias en el mundo entero a su estado actual de postramiento y claudicación, es hoy un deber insoslayable.

A partir de esta labor de recuperación ideológica y orgánica, en la que el militante confederal debe aportar todo su interés y fraternal colaboración, será posible consolidar nuestra unidad interna en base a la que fuera la característica esencial de nuestro Movimiento en España: la solidaridad y la combatividad revolucionaria.

La Federación Local de París.
Octubre 1964.

LA PRACTICA FEDERALISTA como verdadera afirmación de principios

Lema: No hay cosa más terrible
que tener que decir la verdad.

Compañeras y compañeros:

El movimiento confederal atraviesa por una crisis aguda sin precedentes en su historia larga y gloriosa. Esta crisis general podríamos subdividirla en una serie de crisis particulares: crisis biológica, demográfica, de adaptación, de convivencia, de recuperación, táctica, estratégica y de principios.

La crisis biológica consiste en un envejecimiento insólito. Es decir, sin contrapartida. Este envejecimiento puede ayudar a explicar las otras crisis; no siempre a justificarlas. Es, por lo tanto, fundamental y su comprobación debería acuciarnos en la búsqueda de medidas preventivas y también activas.

No es bastante el hecho de nuestra permanencia tesonera en tanto que organización a través de un cuarto de siglo de exilio. El ejemplo no deja de tener su heroísmo, pero el deber, en tanto que paladines de un mañana mejor, nos exige ser exigentes con nosotros mismos. Decíame un compañero para hacerme participe de su espíritu de consecuencia: «Yo moriré en la CNT.» A lo que repliqué: «Lo más importante es que la CNT no muera contigo.»

Esto quiere decir que debemos hacer todo lo posible para no arrastrar a la CNT a nuestra tumba. Debemos hacer lo imposible para que nos sobreviva; jamás imitar al de la copla andaluza: «La maté porque era mía.» La CNT no es sólo nuestra; pertenece a cuantos le dieron vida con su esfuerzo creador, a cuantos la amamantaron y le dieron salud y la hicieron robusta, regándola con su sudor y también con su sangre generosa.

Llevaremos a la CNT a nuestra tumba si viejos e incapaces para ciertas tareas que requieren agilidad mental y física, y un cierto derroche de energías que ya no es para nosotros, nos empeñamos en poner trabas y en no dejar hacer a quienes quieren y pueden hacer. Ya sé que el no querer pasar por viejos no es debilidad exclusiva de las mujeres. Pero ahí está el veredicto inapelable de la realidad. Tengamos la valentía de mirarle de cara.

En la CNT no existen las estadísticas. Hoy ninguna actividad pública, oficial u oficiosa puede prescindir de la estadística. La CNT vive fuera de las estimaciones estadísticas. No

existen tampoco en la CNT los sondeos de opinión. Hoy, ninguna institución oficial u oficiosa puede permitirse el lujo de prescindir de los sondeos. Los médicos extremeños las precauciones y hasta los exámenes de rutina cuando tienen que habérselas con pacientes de edad avanzada. La CNT tiene ya edad avanzada y no se toma ni siquiera la presión arterial.

Adelantándonos a posibles observaciones perspicaces diremos que el pleno o congreso que la CNT celebra todos los años no es estadística, ni sondeo de opinión, ni toma de la presión arterial. No se hace una estadística en un pleno o congreso agregando los no representados a los representados, no se hace un estudio de las corrientes manifestadas en los debates, no se destaca su importancia, no se sabe siquiera qué opinión es mayoritaria o minoritaria, debido a que no se vota, y, si se hace, es por aclamación. Repasad las memorias de nuestros congresos. La CNT no sabe ni quiere saber nunca de cuántos afiliados se compone. En el congreso de Zaragoza (nuestro último congreso nacional regular) se tomó el acuerdo de completar los datos estadísticos de los afiliados representados agregándoles los no representados. Pero la verdadera Memoria de aquel congreso se ha perdido.

Sin embargo, sin datos estadísticos y todo, hoy no es proeza afirmar que hemos envejecido de veinte a veinticinco años; que la escala proporcional de edad es ahora más breve; que las varias generaciones de militantes no guardan la misma proporción. Por ejemplo, antes de 1936 la escala militante constaba de estos cuatro peldaños: la generación de los 20 años, la de los 35, la de los 50 y la de los 65. Entonces cada una de estas generaciones daba un coeficiente aproximado. La escala iba entonces de 20 a 65 años. Actualmente tiene tan sólo tres peldaños: 35, 55 y 65 años. En cuanto al coeficiente actual, las generaciones de los 35 y 65 años darían el 25 % por cada. La sola generación de los 55 años daría ella sola el 50 %. Falta la generación de los 20 años casi por entero, y la generación de los 35 años no es más que un 25 % de nuestros efectivos. Por otra parte, esta generación más joven de hoy, la que tiene 35 años, que tenía 7 al empezar la guerra civil, no se puede comparar con la que tenía 20 años entonces. La que tenía 20 años en 1936 se había iniciado en los sindicatos, en los ateneos y en las juventudes libertarias, había intervenido en las luchas sociales y posiblemente en las insurrecciones. Tenía, en suma, una cierta experiencia de nuestras cosas y de nuestras ideas. Los militantes que hoy tienen 35 años y que en 1936 tenían 7 se han formado prácticamente en el exilio sin experiencia de las luchas sindicales ni conocimientos orgánicos verdaderamente funcionales.

Una última comprobación: comparado con el militante medio de ayer (35 años), el militante medio de hoy (55 años) es un anacronismo. A los 55 años las ideas se han estancado. Es la edad de la retrovisión. Se vive de recuerdos y de viejas glorias. Esto no tendría tanta importancia si no nos faltase la generación de los 20 años, que es la de la entrega, la del dinamismo, la generación romántica por excelencia, que no tiene pasado, sino presente.

Estas estimaciones son empíricas. Ya he dicho que no hay estadísticas en la CNT. Como empíricas, estas estimaciones son superables por cualquier compañero más competente que yo o con más tiempo que dedicar a estas arideces. Curándome en salud he tenido la precaución de evitar los casos extremos. Tanto he querido no pecar de optimista que no he traído aquí el combate sordo entre viejos y jóvenes que vivimos actualmente. Estos jóvenes son los restos de un movimiento juvenil rápidamente quemado en los contactos frontales de 1945-50. Sus supervivientes forman un movimiento de edad heterogénea y no siempre militante. Razón por la cual entiendo que no se puede hablar de una generación juvenil propiamente dicha. Ojalá los hechos me desmintena un día.

Si de la crisis biológica pasamos a la depresión demográfica, las luces estadísticas no son mayores. Ya lo hemos visto. Nos limitaremos, pues, a decir que en 1938 éramos millón y medio. De éstos sólo 80.000 cenetistas pasamos al exilio. Después de la ocupación, la CNT de Francia reclamábase tutora de 30.000 afiliados. Añadamos los cenetistas de América, África del Norte e Inglaterra y estiraremos la cifra hasta 40.000 afiliados. Sigamos adelante. En 1947, consumada la escisión, la CNT, 4, rue Belfort, que englobaba a la inmensa mayoría de confederales exilados, proclamaba 25.000 adherentes. Aquí ya hay que guiarse por los referendums o escrutinios, donde no participa todo el mundo, es cierto, pero donde es costumbre exagerar la nota barriendo para dentro. Así llegamos al congreso famoso de Limoges número 1, donde estuvieron representados 5.000 afiliados. Un año después, en el que podríamos llamar congreso de la reunificación, hay una pequeña subida que sitúa nuestro censo allí representado en 7.000. Este progreso se debe a la incorporación de los compañeros que desde 1945 formaban el núcleo de la CNT de la rue de Jonquières. No tengo a mano los datos del último congreso, el de 1963, celebrado en Toulouse, pero sí la respuesta a la circular solicitando si el comicio a celebrar en dicho año debía de ser pleno de núcleos o congreso. Contestaron a la consulta 5.867 afiliados. Como dato, para los efectos que nos conciernen, este referéndum es más elocuente que el de los representados en un congreso directa e indirectamente. El último referéndum es el que solicitaba cubrir el cargo vacante en la secretaria de Cultura y Propaganda del SI (circular del 10 de febrero de 1964) y en él se pronunciaron 5.542 afiliados. No sigamos más. Veamos, pues, resumiendo todas estas cifras, que nuestro censo demográfico desciende a una cadencia vertiginosa: de 80.000 en 1939 a 40.000 después de la liberación de Francia. De 25.000 en 1947 a 5.000 en 1960. De 7.000 en 1961 a 5.542 actualmente.

En el orden general se ha dicho siempre que todas las estadísticas son falsas. Pero falsas y todo son un punto de referencia precioso para toda operación de cálculo algo científico. Las estadísticas son deficientes matemáticamente, pero en la práctica cotidiana son una herramienta imprescindible de primer orden. Por algo se habla de ciencia estadística. La ciencia estadística nos da su fallo pesimista, un fallo inapelable que no podrán poner en entredicho las tiradas de prosa liricoencomiástica ni las parrafadas mitinescas más arrebatadoras.

Las causas de esta depresión no son todas biológicas. Hay que hacer resaltar la prolongación del exilio y la incapacidad antifranquista para precipitar la crisis de liberación en España. En esta crisis de capacidad también estamos comprendidos y es este factor una de las causas más salientes de nuestra despoblación. Zonas confederales por excelencia como es la región de Toulouse han quedado prácticamente despobladas. La antigua regional de Toulouse ha descendido a 538 afiliados, de los cuales 368 están en la capital y 170 desparramados en los pueblos hasta las estribaciones de los Pirineos. Si reparamos en la cantidad importante de compañeros que se limitan a cotizar su carnet o en las fichas de filiación no modificadas desde largas fechas, el panorama se ensombrece más y más. He tomado como tipo la región de Toulouse para apoyarme de intento en el lugar geográfico tradicionalmente más denso. Podría haber hecho el mismo cálculo sobre París, que ostenta actualmente la capitalidad confederal exilada en punto al número de adherentes. Aquí el descenso, aunque menos sensible, a causa del factor inmigración, es también aterrador. Y, sin embargo, raro es el comicio de la CNT en que los delegados no proclamen olímpicamente que sus respectivas federaciones mantienen sus efectivos.

Pasemos a la crisis de turno: nuestra crisis de adaptación. La CNT es una organización eminentemente popular, no sólo porque es pueblo, sino porque, valga el eufemismo, en España lo popular es más popular que en otras partes. La CNT, por una cuestión que no vamos a discutir ahora, no sólo ha mantenido siempre su contacto con el pueblo, sino que se ha impregnado continuamente de los defectos y virtudes populares. El ser temperalmente la organización más popular de España conlleva que fuera la organización española, ibérica, por excelencia, de impregnación misticorevolucionaria, idealista, generosa aunque aleatoria en sus esfuerzos, pronta al arrebató y al sacrificio con una tendencia irreprimible, muy española también, a extremar y dramatizar las situaciones, a darse por entero, sin noción apenas del sentido de conservación.

Así ha podido la CNT capear todos los temporales (que provocara en gran parte ella misma) con una entereza y una exaltación romántica sin precedentes en la ya materializada y pragmatista primera postguerra. Evitó los escollos multiplicados ante ella, y los que espontáneamente se creara, por su facilidad en colmar los claros abiertos en sus filas por las persecuciones y la metralla. La facilidad recuperadora se la daba su vida al pie de la cantera popular de donde extraía con relativa facilidad los materiales que para reponer su desgaste necesitaba. De ahí ese equilibrio generacional de entonces y que encontramos a faltar ahora: las cuatro generaciones escalonadas con un coeficiente proporcionado.

Pues bien, con nuestro paso al exilio, el orden de los factores ha alterado el producto. Hemos pasado a ser una planta desarraigada que poco a poco se ha ido marchitando, secando, muriendo. En el extranjero, lejos de nuestra cantera de reservas, desarraigados de nuestra buena tierra, nos hemos encontrado con otros pueblos y otras gentes, con la discriminación

de unas leyes y la autodiscriminación que nosotros mismos nos hemos impuesto. No hay aquí un pueblo temperamentalmente receptivo para nuestras gestas emancipadoras o nuestras locuras. Este movimiento obrero no es nuestro movimiento obrero, y con todo y sus defectos nos está vedado en muchos aspectos. A falta de actividades verdaderamente nuestras, de un ambiente idóneo a nuestro temperamento e inquietudes, no hemos podido crecer ni multiplicarnos.

Hemos perdido la batalla de nuestros hijos y se ha demostrado aquello de que la inanición es un fenómeno por el que el organismo humano, a falta de alimentos exteriores, se va comiendo poco a poco él mismo.

Generalmente se cree que nuestros hijos nos han sido arrebatados por lo que llamamos aquí «ambiente francés». No falta quien piense en una alteración de la ley de herencia. Lo único alterado son nuestros conocimientos de esta ley desde que (y que nos perdone Lamarck) lo adquirido no se transmite por herencia. Existe más bien una tendencia al contraste en virtud de la cual el hijo del sastre quiere serlo todo menos sastre. Existe también un cierto despego innato del hijo por las ideas del padre. Especialmente si esta tendencia al despego es agravada por el empeño del padre en inculcar sin tino, sin tacto, sin delicadeza, sus ideas a la descendencia. Juega también en el despego el desnivel entre la cultura, poca o ninguna, del progenitor y la mucha del descendiente. Aquí, en el exilio, todos nos hemos esforzado en dar a nuestros hijos la cultura que nosotros no pudimos o no nos ocupamos en adquirir en España. Nuestros hijos sienten, pues, ese complejo de superioridad cultural frente a nosotros, pese a que nos deben en parte esta ventaja. En el terreno de la afeción filial continúan siendo buenos hijos, pero la inteligencia cultivada es más exigente y sigue rígidos derroteros.

El factor proselitista familiar necesita de otro aliciente más sólido. Este aliciente es el ambiente. No hemos podido perpetuar en el exilio el gran clima ambiental que nos habíamos creado en España, que hacía que germinase casi espontáneamente leva tras leva de militantes. En suma: hemos sido capaces de hacer de nuestros hijos jóvenes educados y respetuosos, profesores y hasta ingenieros, pero no militantes. Y un movimiento sin reservas, sin sucesores, que no se reproduce, está condenado a corto o largo plazo a la decadencia y a la muerte.

La cuestión, la gran cuestión, es ésta: ¿debemos resignarnos a perecer por extinción, sin esfuerzo, sin reacción, sin lucha, estoicamente, fatalísticamente? Todos estaréis de acuerdo en que no. Pues bien, metámonos en la mente esto: sólo hay una posibilidad para la salvación de nuestra estirpe: la reconquista de la tierra que nos vió nacer. No porque sea España, no porque sea nuestra patria chica o grande. Sino porque España es la tierra feraz que conviene a la especie de planta que somos. España es la buena tierra, el humus nutricional que hará posible nuestro reverdecimiento, nuestro renacer. HAY QUE IR A LA CONQUISTA DE ESPAÑA.

En 1945 se nos presentó la gran coyuntura para la reconquista de nuestra tierra. Esta coyuntura la desperdiciamos lamentablemente. Cuando más necesitábamos de nuestra cohesión interior planteamos la gran crisis. Esta crisis tuvo sus razones y sus sinrazones. En otras palabras: había dos cosas inevitables. Era inevitable que el impacto de la colaboración ministerial reclamase sus derechos. Y era inevitable que reclamásemos los nuestros los que no podíamos transigir con una CNT y un anarquismo negación de lo mejor de su historia y de su contenido substancial. Pero hubo un factor psicológico —hablo aquí como beligerante— que no supimos tener en cuenta ni siquiera plantear. La batalla se planteó de la peor manera, se planteó a la española, a vida o muerte, sin consideraciones para las complejidades, únicas en su género, del corazón español. Me refiero a que el español puede ser una fiera y puede ser un niño. La tremenda, desde luego, es la peor táctica para trastearle. Sin tremendismos, con delicadeza, sin hacer sentir al adversario el peso del mayor número, la escisión de 1945 pudo haberse resuelto tres años después.

Si la piedra de escándalo era la desviación política, hemos de convenir que no existen en la CNT desviacionistas innatos. El argumento de desviacionismo innato es un argumento falso. No resiste el examen detenido. No siempre el desviacionismo tiene la misma cara. En 1919 el extremista era Angel Pestaña y tenía a todos los grupos anarquistas tras él y frente a Salvador Seguí. En 1928-29, el extremista era Juan Peiró frente a Angel Pestaña, y tenía a los grupos anarquistas a su lado. En 1931-35 los extremistas eran García Oliver y Federica Montseny y tenían a toda la FAI a su lado frente a Peiró y Pestaña. (A los pocos meses, estos grandes extremistas serían ministros.) En 1938 los extremistas eran Santillán y Federica Montseny, que habían dejado de ser consejero y ministro. Al producirse la escisión en Francia cayeron del lado político ex pieles rojas a porrillo, y viceversa. No existe el desviacionista innato. Así, pues, la recuperación del compañero es posible.

Así lo entendí en 1948 cuando inicié el primer intento de aproximación. Se trataba de una campaña de prensa en «Soli» y «CNT» cuyo guión cuidadosamente había redactado yo. Se trataba solamente de convencer a los compañeros que teníamos en frente de que si volvían a la organización mayoritaria serían bien recibidos. Se trataba de restablecer los puentes, de iniciar el diálogo, de romper el hielo. No me hacía ilusiones en cuanto al resultado inmediato. Sospechaba que la elaboración de un nuevo clima iba a ser trabajoso. No se trataba de hacer concesiones fundamentales. En 1948 la manzana de la discordia, que fué el gobierno republicano del exilio, ya estaba medio podrida. En el seno mismo de lo que llamábamos escisionismo se había producido una subescisión: el llamado Partido Libertario. El momento era oportuno para probar fortuna. Y el tanteo empezó a dar sus resultados. Compañeros de la acera de enfrente reaccionaron en procura de contacto.

Pero hubo también inmediatamente una reacción contraria por parte de los nuestros. Aunque desagradable, esta reacción podía considerarse optimista, puesto que se trataba de una Local sola. Esta local, se trata de la de Marsella, calificándonos

de entreguistas, amenazó con lanzar un manifiesto sedicioso si no suspendíamos la campaña. Y la campaña hubo de pararse cuando empezaba a dar sus frutos. Afrontar una ruptura para soldar otra no podía ser ventajoso.

Pero, sin embargo, el camino empezaba a hacerse solo. A fines de 1948 salí del Comité Nacional. Pero el Comité entrante entabló negociaciones mediante contactos personales con la rue Jonquières. En estas negociaciones, directas o por personas interpuestas, que tuvieron su momento álgido en nuestro domicilio de la rue de Belfort, intervino inclusive el entonces Comité Intercontinental, que lo formaban Esgleas, Federica Montseny y Roque Santamaría. En el Comité Nacional figuraban Julio González, Martín Vilarrupla y José Pascual. Se confrontaron proposiciones concretas por escrito y se llegó inclusive a un acuerdo provisional a someter a la base de la organización por ambas partes. Todo estaba preparado para el gran paso adelante cuando uno de nuestros negociadores envió una carta firmada de su puño y letra a la localidad de Marsella DENUNCIANDO —estoy subrayando— LA GRAN TRAICION. Marsella levantó una vez más su bandera de rebelión y las negociaciones fueron bruscamente rotas de nuevo. El asombro de Marsella fue tener que saber después que el denunciante estuvo también metido en el pastel. Este, al verse increpado por sus compañeros de negociación, se excusó diciendo que había tenido una mala inspiración.

A continuación se produjo un hecho que conocen muy pocos compañeros. Aquel Comité Nacional, o ya el Secretariado Intercontinental que le sucediera bajo la responsabilidad de Luis Blanco, no dejó de mano el asunto. Ahora el procedimiento fue un referéndum a toda la organización, por los términos del cual se invitaba a los afiliados a pronunciarse por o contra la reunificación. La respuesta fue positiva. La mayoría de la organización se pronunció por la solución unitaria, si bien por escasos votos de diferencia. Marsella volvió a levantar bandera con más determinación que nunca: si se aplicaba la voluntad mayoritaria abandonaría la organización. Ante esta amenaza, y vista la magra diferencia de votos, al dar cuenta a la base del resultado de la consulta, se invirtieron los términos del referéndum. Los vencedores se dieron oficialmente por vencidos. La escisión se prolongaría durante 15 años.

Pero no se pudo evitar que la cuestión de la unidad figurase en el temario de todos nuestros plenos. Pero en uno de ellos se aprobó una especie de Ley del Candado. A partir de aquel momento cualquier sugerencia del tema de la unidad debería ser propuesta por la mitad más uno de los afiliados a la CNT. Espero que no valga la pena que me esfuerce en demostrar que esto es una arbitrariedad incalificable en una organización libertaria.

Pero el proceso desviacionista orgánico no para ahí. Como consolación por tan drástica medida se solía emplear el socorrido tópico de que las puertas de la CNT estaban abiertas de par en par a cuantos quisieran volver a ella. La verdad es que se daba carpetazo al problema.

Tardó mucho hacer saltar esta ley anticonfederal y anti-libertaria. Uno de los resortes que la hizo saltar fué lo siguiente. Un buen día un grupo de recalcitrantes llamó a la puerta de la Federación Local de Paris. Y, efectivamente, encontró las puertas abiertas. Pero otra vez la reacción fué inmediata. En el próximo Pleno de Núcleos la denuncia fué implacable y el escándalo tremendo. Los reingresados fueron reclamados por no sé cuántas jurisdicciones según el lugar donde habían delinquido a partir de 1945. Y la delegación parisina tuvo que hacer mea culpa y prometer rectificar su desliz en la máxima brevedad de tiempo. Esta era la generosa política de puertas abiertas. Pero como no hay mal que por bien no venga, al ponerse al descubierto el sofisma ya no hubo manera de cerrar el candado. La ley del candado saltaría hecha añicos.

Por todas partes se constituían comisiones de unidad más o menos efímeras, en Francia o en Méjico. En este último país llegó a rubricarse un pacto de esta índole, pero la intervención rápida del S.I. obligó a que se hiciera marcha atrás. Algunos compañeros se atrevieron a propiciar la aproximación desde nuestros órganos de prensa oficiales y los directores tuvieron dificultades con los sellos de goma. Para cortar por lo sano se propició la idea del «Boletín Interno». Allí escribí yo un meditado trabajo sobre la materia, que hay muchos compañeros que no me han perdonado. Haciéndome un honor que no merezco, se ha llegado a señalar aquel trabajo como decisivo.

El esquema de aquel trabajo me ayudará en un aspecto fundamental de mi tema. Se trata de nuestra crisis táctica y estratégica. Yo planteaba toda nuestra estrategia por medio de una ecuación sencillísima. Esta: unidad confederal + unidad CNT-UGT = jaque a Franco. La ecuación podría ser ampliada así: unidad confederal + unidad antifranquista + unidad interior exilio = liberación de España.

La unidad confederal, como se ve, era un primer paso fundamental. Sin una CNT fuertemente unida que diese el ejemplo, ¿con qué autoridad podíamos dirigirnos á la UGT, al Partido Socialista y a los demás partidos? ¿Cómo podríamos establecer el contacto, la ligazón, vertical y horizontalmente entre el exilio y el interior...?

Naturalmente que este propósito subvertiría todo nuestro ajejo, torpe, caro y fracasado dispositivo estratégico. ¿Cuál era este dispositivo? Empleando un término caro a nuestro querido Orobón Fernández, el «Nosaltres sols».

En 1945, al decidirse la guerra mundial y quedar liberada Francia, el movimiento libertario resurgió con una potencia prometedora, tanto en el interior como en el exilio. Por una parte había la certidumbre de que las democracias triunfadoras repudiaran al hijo de Hitler y Mussolini. Algo, bastante, hubo de esto. Hubo las declaraciones de Postdam, San Francisco y Londres, la cuarentena o retirada de embajadores. Lo que falló fué el antifranquismo español. El diablo, una vez más, metió la cola. El partido comunista dió con la Unión Nacional su pequeño golpe de Estado; hubo la unidad imposible de la Junta

de Liberación y el gobiernillo de Giral; y, sobre todas las desgracias, hubo la escisión de la CNT, que era la fuerza de más número, de más prestigio popular y de mayor posibilidad combativa. En España la CNT empezaba a salir de las catacumbas. Se cotizaba en las fábricas. Cotizaban hasta los patronos. Carceleros y policías iniciaban esa postura de ballet que llamamos doble juego. El falangismo sufría un pánico de frontera. La frontera misma era extremadamente porosa.

No se dice toda la verdad cuando se afirma que las democracias occidentales traicionaron a la democracia española. La descomposición intestinal que sufrió el anarcosindicalismo, por obra del purgante recetado por el doctor Giral, hizo que recáveramos en el abismo. Esa recaída nos ha sido fatal. El franquismo volvió a ocupar las trincheras que ya estaba abandonando y que nadie tomó por asalto. Las democracias occidentales resolvieron su compás de espera a la medida de las exigencias de la guerra fría. Franco desencadenó su segunda oleada represiva.

El tiempo fué pasando. una nueva emigración enfiló hacia el océano Atlántico para disolverse en sus aguas. Centenares y centenares de enfermos del mal de España regresaron a los lares cabizbajos. Cundió en el exilio la dispersión de los amargados y los indiferentes. Nuestra gente fué envejeciendo y muriendo. La rutina nos fué ganando un poco a todos. Se iba a la Local, a la asamblea, al Pleno, se discutía y se reñía por reflejo condicionado.

Ya sé. Sí. leo en vuestros ojos una pregunta candente: «¿Y Amador Franco? ¿Y Raül? ¿Y Facerías? ¿Y los Sabater? ¿Y tantos y tantos compañeros inmolados a la lucha en ciudades y montañas, en los presidios y ante la tapia fatídica?»

Pues bien, con todo el respeto que puedan merecernos estos mártires, su sacrificio forma parte de nuestra torpe, cara, añeja y fracasada estrategia. El Movimiento Libertario español desdenea siempre la ancha carretera para aventurarse solo, con armas y bagajes de fortuna, por el camino de cabras. Es el eterno cabezazo en el muro, la herencia maldita del «Nosaltres sols».

Para nosotros no cuenta la solidaridad de los Estados vecinos con el enemigo, la perfección de los servicios de información policíacos, ni el Interpol, ni la diabólica precisión técnica y táctica de los sabuesos de Franco, que mamaron en las ubres de la Gestapo, ni la preparación rudimentaria y demodada de nuestro material humano y de combate, ni nuestro terrible aislamiento que nuestro empeño en hacer las cosas solos hace más desolador y señalado a la furia de las represiones en ambas vertientes de los Pirineos.

Sí, loor a nuestros mártires, ¿pero estaría su sacrificio reñido con un más práctico, eficiente, vasto, solidario y apoyado planteamiento estratégico? Hoy el mundo es un conjunto de piezas de relojería y no se concibe el aislamiento.

Es una cualidad muy nuestra el extremar la nota al filo de la adversidad. En el siglo pasado, durante los años negros de

la restauración borbónica, cuando el ejército optó con todas sus consecuencias por la carta reaccionaria y clerical, nuestro movimiento se radicalizó en todas las direcciones de la rosa de los vientos: acentuó su obsesión revolucionaria, se hizo paladín de la propaganda por el hecho; se negaba a salir de la clandestinidad cuando la actuación pública le era propicia; descentralizó los órganos y enlaces orgánicos reduciéndolos a simples comisiones de correspondencia, sin la menor atribución ejecutiva; la pugna entre comunistas y colectivistas era más bien una violenta controversia entre partidarios y adversarios de la organización. En suma, cuando la conjunción de fuerzas se averaba más necesaria, nuestros físicos trabajaban con más ahínco en la desintegración de la materia. Durante la segunda República española, después de afrontar una escisión perfectamente evitable, declaráramos la guerra solos a todas las clases, instituciones y estamentos. Nuestros adversarios, la patronal, los clericales, los militares, los intelectuales, los políticos (socialistas, comunistas y republicanos) y los ministros, eran todavía más cerrados que nosotros. España entera, con la República, sufriría las consecuencias.

¿Recordáis el grito desesperado de Orobón Fernández de febrero de 1934, meses antes de la trágica cuán malograda revolución de octubre? Decía Orobón:

«Sé que no faltarán camaradas que hagan objeciones como ésta: «Pero sois tan ingenuos que creéis que las violencias de lenguaje de los socialistas se van a traducir en auténtica combatividad revolucionaria?» A lo que contestamos nosotros que, tal como van las cosas, y quemadas o por lo menos gravemente averiadas las naves de la colaboración democrática, los socialistas sólo pueden elegir entre dejarse aniquilar con mansedumbre, como en Alemania, o salvarse combatiendo junto a los demás sectores proletarios. Y otros dirán: «¿Cómo podemos olvidar las responsabilidades socialistas en las leyes y medidas represivas dictadas y aplicadas en el período triste y trágico del socialazañismo?» Ante esta pregunta, cargada de amarga justicia, sólo cabe replicar que el único oportunismo admisible es el que sirve la causa de la revolución. La conjunción del proletariado español es un imperativo insoslayable si se quiere derrotar a la reacción. Situarse de buena o mala fe frente a la Alianza revolucionaria es situarse frente a la revolución.»

Todavía esta sentencia de Orobón Fernández: «La fracción que vuelva las espaldas a esta necesidad se quedará sola y contraerá una grave responsabilidad ante sí misma y ante la historia.»

Tengo que confesar que yo fui entonces antialiancista rabioso. Con la misma sinceridad declaro ahora mi firme convicción en que la explosión de 1936 hubiese sido evitada, o tal vez tomada de avance, de haber podido la CNT cambiar su mentalidad introvertida con la agilidad que quería nuestro llorado Orobón.

Soy quizás el menos revolucionario de los militantes de la CNT. Lo que quiere decir, y es un hecho que salta a la vista, que la CNT ha sido y es ante todo un movimiento

impregnado de mística revolucionaria, cualquiera que sea hoy la consecuencia entre las declaraciones y los hechos. Pues bien, precisamente por esto no puedo comprender cómo se plantean en nuestros medios tantos escrúpulos y tantos debates, más o menos académicos, sobre la cuestión de tácticas. Por la furia con que se combate (subrayo) MI OPORTUNISMO TACTICO, ¿a ver si va a resultar que, no siéndolo, soy yo de los pocos revolucionarios? Los revolucionarios a ultranza tenéis que resolver de una vez para siempre si somos un movimiento revolucionario o una escuela filosófica.

Digo esto bajo el impacto de tanta batahola por la defensa de los principios. Que defienda los principios yo que no soy revolucionario a la antigua usanza es lógico. Pero niego el derecho a ponerlos por los cuernos de la luna a los eternos partidarios del cabezazo en el muro, a los maniáticos de la coordinación y del diismo.

Un verdadero clásico revolucionario prefiere siempre las tácticas a los principios. Bakunín, que lo era de muchos quilates, intervino con las armas en la mano en los movimientos e insurrecciones nacionalistas, con los paneslavistas y garibaldinos. Probó fortuna en la burguesa Liga por la Paz y la Libertad antes de crear la Alianza e ingresar en la Internacional. Ingresó también en la Masonería. Y nos envió como misionero a José Fanelli, que era un diputado del Parlamento italiano. Es decir, que como táctica, y de espaldas a los principios, aprovechaba la inmunidad parlamentaria para facilitar la propaganda. Gracias a que Fanelli fue diputado pudo desplazarse con seguridad de Italia a España para dejar en los surcos de nuestra buena tierra la semilla del anarquismo.

Pero yo no estoy haciendo el panegírico de la apostasia. Yo quiero que los principios fundamentales se respeten siempre. Y que los que no son tan fundamentales se hagan compatibles con las tácticas. Porque una cosa son las tácticas y otra los principios. Una cosa es el verbo y otra la acción. La acción hay que acomodarla casi siempre a los accidentes topográficos, como ocurre militarmente con las órdenes de operaciones.

Por otra parte, el revolucionario es ante todo un ente temperamental al que las sugerencias demasiado abstractas o filosóficas saben a triquiñuelas. El revolucionario es un divino impaciente pegándole fuego a las etapas de la historia, de la biología y hasta de la lógica. No es ningún sacerdote coleccionista de dogmas, sino un destructor, un iconoclasta; si se quiere, un nuevo creador. ¿Que esa amplia autonomía de vuelo que reclama el revolucionario tiene sus riesgos? El riesgo, el placer de bailar con la más fea, el ir voluptuoso por el borde del abismo es para el revolucionario lo que el néctar para los dioses. El revolucionario no sólo se arriesga, no sólo busca el riesgo, sino que se desposa con él. ¿Cuántos desposados con la muerte no hemos tenido en nuestro movimiento? ¡Salvochea, Ascaso, Durruti! ¡Raúl! El riesgo de las alianzas, que pone hoy tantos gritos en el cielo, hubiera sido para la mayoría de estos hombres un juego de niños.

Mi estrategia revolucionaria era mucho más modesta. Todos nuestros sacrificios aislados, todos nuestros muertos y millones de francos enterrados en aras de un propósito sublime, pero que servido por el impulso más que por la mente, no habían hecho mella en el dispositivo franquista; más bien lo había vigorizado. Además, del lado de acá de los Pirineos empezaron a atacarnos por la espalda sus ya decididos aliados. Diplomáticamente el antifranquismo —no Franco— estaba más aislado que nunca. Nuestro caso ya no ocupaba la atención de los periódicos.

Y, sin embargo, necesitábamos reconquistar a toda prisa una tierra que había sido nuestra eterna sementera. En el exilio disminuíamos todos los días; y en el interior nos asfixiábamos. Había que reactualizar el problema español, llevarlo nuevamente a las primeras páginas de los periódicos y, a ser posible, a las cámaras de televisión. No con choques intermitentes en las ciudades, entre pequeños grupos y policías; no en la soledad de las montañas, jugando al acecho con los guardias civiles. Había que organizar manifestaciones en la vía pública, agitaciones en las fábricas, provocar y ampliar esas huelgas que luego se han suscitado espontáneamente y que atrajeron la curiosidad de los reporteros y cameramen extranjeros.

Había que acabar con el mito de que nosotros solos («nosaltres sols») nos bastamos y sobramos para derribar a Franco e implantar en España el comunismo libertario. Con menos podríamos darnos por satisfechos, y aun ese «menos» sería terriblemente pesado para nuestras escuálidas espaldas. La lucha para la reconquista de nuestra buena tierra era una tarea de todos los antifranquistas en general y nuestra en particular. Sólo un vasto frente de acción interior-exterior sería capaz de crear esas situaciones explosivas. Ya no de grupos e individualidades solitarios, sino populares. Las simples protestas y agitaciones populares sincronizadas, sistematizadas, acabarían con la sobada «Paz del Caudillo» que, ¡ay, tanto ha impresionado a los gobiernos extranjeros! Una simple agitación popular pacífica en España tiene más poder explosivo contra el régimen que todas las pistolas y plástico acarreado en las mochilas a través de los pasos pirenaicos.

Ahora bien, ese gran frente antifranquista había que construirlo desde abajo, empezando por reunificar la fuerza que, aunque disminuida, todavía lo era: la CNT, elemento catalizador. ¿Veis ahora el porqué de la reunificación de la CNT? ¿Con qué garantía podíamos aplicar los acuerdos del Pleno Intercontinental de Núcleos de 1952, celebrado en Aymare, poniendo delante de nuestros interlocutores una CNT rota?

Pero, aunque tarde, la unidad se hizo. Fué necesario salir de la atonía y el compadrazgo de los plenos intercontinentales, donde siempre actuaban los mismos personajes, con sus conceptos petrificados, para que la luz se hiciera. La afluencia de delegaciones nuevas, directas de la base, sin pasar por el conducto diferido interdepartamental, nos trajo la verdadera voluntad y el sentir verdadero de nuestra solera militante. Y la unidad se hizo, con esa generosidad desbordante del

militante de base. Desbordante, porque el desbordamiento ya era inevitable. Algunas Federaciones que iban solucionando su problema sin más consideraciones amenazaban producir una reacción en cadena. El corsé ortopédico, prácticamente, había reventado. ¡Pero, ay, qué poco iba a durar la alegría en la casa del pobre...!

En aquel congreso intercontinental de Limoges de 1960 un delegado resumió el debate en una larga intervención cuya sustancia podría ser lo siguiente:

«Se han manifestado en el congreso tres corrientes: una que desea la unidad a ultranza; otra que no quiere la unidad; y una tercera que acepta la unidad bajo ciertas condiciones. Está visto que el congreso es favorable a la unidad. Ya que la unidad es inevitable, se impone desde ahora un contacto de codos para evitar que se cumpla la amenaza de castración de nuestro toro.»

Un delegado, creo que Colommiers, del Alto Garona, propuso que el discurso de aquel delegado se publicase en nuestra prensa. El congreso aprobó la proposición y, en efecto, el discurso, recompuesto, se publicó, creo que como editorial de «CNT». Pero el autor no fué feliz traduciéndose a sí mismo.

Apunto este detalle porque este discurso ha sido el primer tiro de la guerra preventiva que estamos sufriendo.

El congreso de Limoges número uno, demasiado generoso esta vez, cometió el pecado de nombrar una ponencia en la que estuvieron representadas las tres tendencias. Yo opino que vale más dos dictámenes claramente distintos, o bien un dictamen de la ponencia y un voto particular, que un solo dictamen profuso, difuso y confuso. Pero el congreso estimó que la resolución que resultare tenía que ser adoptada por unanimidad. De este espíritu de generosidad resultó un dictamen en que cada corriente colocó sus triunfos.

Los ultras del *statu quo* metieron en él sus considerandos de rendición incondicional; las otras dos tendencias dejaron su huella en aquella cláusula generosa que concede autonomía de procedimiento a las Locales y Núcleos afectados para resolver el problema. Pero la cláusula decisiva es la del «Adicional», por medio del cual se faculta al SI para contactar *de facto* a «la parte en litigio», marcándole incluso una pauta que viene a facilitar su tarea. Consiste en autorizarle para una cierta elasticidad de procedimiento, sin más condición que la de salvar lo «fundamental» del dictamen.

Yo he llegado a esta conclusión: dada la fluidez del dictamen, su éxito o su fracaso —si se puede hablar así— quedaba encomendado al matiz partidario o adversario de los hombres llamados a ponerlo en ejecución. El azar dispuso que estuviere en el Secretariado del SI un equipo partidario de la unidad, y la unidad fué hecha sin necesidad de extorsiones. Un equipo de signo contrario no hubiese encontrado tantas facilidades en el texto, pero sí accidentes de terreno para atrincherarse en ellos. Las vulneraciones y extorsiones que se han venido alegando por los ultras del *statu quo* son puro recurso al pataleo.

Un vistazo panorámico al estado actual de nuestra Organización nos da una impresión que no puede ser más deprimente. ¿Qué ha pasado aquí para que compañeros que antes militaban en el mismo sector se traten poco menos que como enemigos? Esta crisis de recelo y de desconfianza ha sido la consecuencia de la guerra preventiva declarada en el congreso de Limoges de 1960. Pero sería injusto no desglosar de los más o menos recelosos los que obran bajo el impulso premeditado de no dar nunca el brazo a torcer.

Lo más digno de tener en cuenta es el proceso de descomposición que el simple recelo ha ido engendrando. Los más desconfiados emprendieron la tarea de sembrar la alarma entre los militantes sencillos y fácilmente impresionables. A estos cristianos viejos se les fué poniendo en guardia contra la presencia de cristianos nuevos. Es decir, que apenas hecha la unidad se le puso guardia. Inmediatamente se pronunciaron los cantones de Caracas y de Provenza.

¿Qué había ocurrido en Venezuela? El problema de los patronos existía antes de realizarse allí la unidad. Existió en toda América desde que los emigrados fueron situándose en aquel continente. Pero nunca fué planteado como problema orgánico seriamente. Repito que en Venezuela el problema fué planteado después de hecha la unidad y haber sido nombrado de común acuerdo el primer secretariado de integración. Fué entonces cuando una de las partes planteó el problema de los patronos. Hubo discusiones por el carácter apremiante de la proposición y de buenas a primeras los reclamantes rompieron bruscamente el pacto unitario. Vamos a suponer que el problema de los patronos existía, y que se tenían razones valederas para plantearlo a fondo. Lo que no está tan bien es la prisa manifiesta por precipitar el rompimiento. Esta determinación desgraciada, en el umbral de la reunificación general, era sumamente peligrosa, ya que podía acarrear una reacción en cadena. Además implica un desdén por el principio orgánico más elemental. En una organización existen tendencias y opiniones distintas. Una organización no es una suma de elementos homogéneos. Se va a ella por principio a convencer y a ser convencido, a transigir y a hacer que los demás transijan, en último extremo a perder y a ganar. El que va a una organización a ganar o a derribar la mesa ha confundido la organización con un garito. Una organización, máxime si es libertaria, es una escuela donde se aprende convivencia y tolerancia. Ya sabemos que la convivencia y la tolerancia tienen un límite. Pero el límite no debe nunca invertir su posición en el tablero orgánico. Antes de llegar al rompimiento el societario debe demostrar a todo el mundo que ha apurado todos los resortes para llegar a un entendimiento por las buenas; ha de dar prueba de ductilidad; ha de demostrar que sabe defender sus opiniones hasta el extremo límite. Hacer lo contrario es poner la carreta delante de los bueyes. No hay organización posible sin un mínimo de espíritu de sacrificio y de tolerancia. Una Organización en que cada componente juega al todo o nada podrá ser cualquier cosa, pero nunca una organización. Dar la razón a estos compañeros que declaran tan precipitadamente liquidado el experimento unitario era dar una

prima a la escisión; negar el principio mismo de organización. Sentada esta premisa de irresponsabilidad orgánica cualquiera podía seguir su mal ejemplo por un quitame estas pajas.

Por lo que respecta a Provenza, el problema no era nuevo. Pero estos dos casos sirvieron de pretexto para que se fueran manifestando las hostilidades y se fuera ampliando la guerra preventiva. En la región de Toulouse, donde la unificación se había llevado a cabo con suma familiaridad, se empezó a sacar punta al hecho de que la unidad no se había negociado con arreglo a la premisa de reintegración. ¿Se quería más reintegro, más rendición incondicional, que la de unos compañeros que hicieron entrega de sus enseres y demás efectos, que vinieron a guarecerse bajo nuestro techo, que adoptaron nuestro carnet confederal y fueron los acuerdos de nuestros congresos los que rigieron para todos?

La crisis subió de punto en vísperas del congreso de 1961. Entonces quedó inaugurado un procedimiento bochornoso: la beligerancia de los comités de Relaciones. En vistas al segundo congreso de Limoges —el que tenía que consagrar la unidad—, ciertas comisiones de relaciones se dedicaron a coger bajo su protección a los disidentes venezolanos y sus informes de estraperlo. La racha de irregularidades orgánicas acababa de inaugurarse. Unos compañeros que se habían puesto al margen de la organización voluntariamente pretendían continuar dentro de ella con los mismos derechos que cualquiera. Querían que fueran cursados sus informes (que no podían circular por los canales orgánicos) y hasta acudir a nuestros comicios. Y las Comisiones de Relaciones, a quienes toda la beligerancia les es prohibida, puesto que son comisiones de relaciones para asegurar los enlaces orgánicos y para velar por la recta aplicación de las normas y los acuerdos; estas Comisiones de Relaciones eran las primeras en hacer la guerra por su cuenta.

En el congreso de 1961 la mitad de las tareas fueron consumidas en el debate sobre constitución del congreso mismo. Precisamente por el empeño en querer consagrar una representación a todas luces irregular. Aparte este importante incidente, unas delegaciones de Provenza, viendo que no pueden imponer su punto de vista exclusivo y excluyente, no encuentran otra manera que retirarse del congreso. Y, ¡oh, paradoja!, al frente de ese grupo de delegaciones, como portavoz de su desacato a la voluntad de un congreso soberano, está la Comisión de Relaciones del núcleo.

Aquí tomará nacimiento una curiosa teoría: la definición de la autonomía de nuevo cuño. La Comisión de Relaciones de Provenza será la mentora de esta peregrina teoría. El Núcleo de Provenza es autónomo, y en gaje a esta autonomía no se cree obligada a acatar los acuerdos de un congreso. Es decir, que la autonomía que conciben los compañeros de Provenza es como esas calles de dirección única.

Sigamos adelante. En 1963 la CNT celebra otro congreso. El Núcleo de Provenza se reúne en Pleno y acuerda no acudir a él. Pero unas FF.LL. del mismo Núcleo discrepan de este acuerdo, y en uso de su *autonomía* acuden al congreso. Uno

de los delegados indirectos de estas FF.LL. pertenece a la local de Marsella. La Local de Marsella se reúne y acuerda la expulsión de este compañero. La Comisión de Relaciones del Núcleo da el visto bueno. Conclusión: que la autonomía que celosamente reclama Provenza para sí no quiere concedérsela a sus FF.LL. Un compañero que se considera *autónomo* acude a un congreso convocado oficialmente por la organización y es sancionado con la última pena. En este compañero, Marsella y el Núcleo de Provenza han expulsado a toda la Organización. Marsella y el Núcleo no aceptan para el individuo la misma autonomía que reclaman para ellos a la Organización. Esta pintoresca autonomía tiene mucho de común con el autonomismo de satrapía de la Generalidad de Cataluña, con respecto a sus ciudadanos. Y mientras se sigue atronando los espacios hablando de los sacrosantos principios, tácticas y finalidades sustanciales.

Pero el proceso de intoxicación ha escalado la cima orgánica. En una Plenaria Intercontinental celebrada el mes de febrero de 1962 uno de los miembros del secretariado permanentemente se solidariza con la tesis del miembro nato de Provenza. El miembro nato de Provenza, que para el caso no es más que un miembro del S.I. ampliado, se había pronunciado en los debates como delegado de Provenza haciendo el panegirico del conflicto que le enfrenta con la Organización.

Constatad estas dos irregularidades.

Primera.—Una Plenaria no es un Pleno. A las Plenarias no está convocada la región, sino el miembro nato del S.I. Todos los problemas que se debaten en Plenaria deben ser enfocados desde el punto de vista de los acuerdos generales de la Organización. Ahí no pueden jugar más opiniones que las de la CNT en su conjunto expresadas por las resoluciones de sus congresos. Las interpretaciones personales, las posiciones de los núcleos respectivos, hay que dejarlos en la puerta. Los individuos tienen a su disposición las asambleas; los Núcleos, los Plenos; las FF.LL., los congresos.

Segunda.—Un compañero, al ser propuesto para el S.I., si los acuerdos del comicio que le ha propuesto no le satisfacen, tiene dos caminos a tomar: declinar el nombramiento si no se siente capaz de desdoblarse su personalidad; si decide aceptarlo, sepa que a los cargos orgánicos se va a cumplir acuerdos y nada más. Ahora bien, el compañero del S.I. que aplaude en una Plenaria las manifestaciones que hace contra los acuerdos de la Organización un miembro nato que ha transgredido su función, si lo hace consciente está estafando a la Organización que le nombró.

La guerra preventiva crea la guerra simplemente. La guerra hace furor en nuestros medios. Algunos augures que se pasan de listos suelen decir: «Ya estaba previsto, hicimos la unidad, nos metimos el demonio en casa y he aquí el infierno.» Estos perspicaces augures remedan a Juan de Robles, quien fundó un hospital, pero antes hizo los pobres.

Tenemos guerra por obra y gracia de los que empezaron a declararla cuando no había ni siquiera enemigo. La guerra

preventiva, por ella misma, ha creado el enemigo. ¿Y quiénes son los enemigos contra quienes se disparan las salvas de artillería? ¿Se trata de los cristianos nuevos? ¿Son los judíos conversos? ¿Son, en una palabra, los demonios de la rue Jonquières?

No, los enemigos, la bestia negra, somos los cristianos viejos que como Vicente Ferrer nos hemos opuesto a la discriminación religiosa y racial. Contra nosotros va la cruzada de rencores, de suspicacias, de recelos, en una palabra: la guerra.

Uno de los ejemplos más gráficos de la guerra preventiva se está dando en la región de Toulouse. Aquí no se solía votar en los Plenos Regionales porque no se habían producido discrepancias mayores. Pero a raíz de la guerra preventiva se produjo un divorcio entre la Federación Local de Toulouse y la Comisión de Relaciones. Y como la estrategia de esta guerra es ir a por los comités y a considerar como bastiones los que ya se tienen, el Comité Regional se fabricó una mayoría a base de delegaciones de los pueblos para seguir ocupando los cargos: va para los cuatro años.

La tal mayoría no sería posible sin recurrir a un escandaloso procedimiento. La Comisión de Relaciones ha hecho creer a las FF.LL. de los pueblos que Toulouse, que cuenta con más afiliados que todo el Núcleo, quiere aplastarles con el voto de mayorías, que es el que rige por acuerdo del congreso de 1960. Esta propaganda tendenciosa, encaminada a conservar los cargos por el grupo que los acapara, más que a proteger a las FF.LL. pequeñas, ha producido un solo resultado visible: el aplastamiento de las mayorías por las minorías. Acuerdos, consultas de organización, referendums para nombramientos de cargos, todo se realiza aquí por el procedimiento de *una Federación Local, un voto*. Así, el 25 por ciento de los afiliados ejerce su dictadura del proletariado sobre el 70 por ciento.

Pasemos a otra cosa. Cuando Miguel Bakunín fundó la Alianza de la Democracia Socialista pensaría —valga la redundancia— en una selección de militantes selectos. Esta selección de hombres selectos estaba llamada a hacer el mismo papel que la levadura en la masa. Las buenas intenciones de Bakunín están fuera de toda sospecha. Ya hemos dicho que Bakunín, temperalmente, era un revolucionario, y los revolucionarios no suelen reparar demasiado en los procedimientos.

La Alianza de la Democracia Socialista jugó un gran papel en España. Anselmo Lorenzo y González Morago en el Centro; Farga Pellicer y José Lluas en Cataluña; Francisco Tomás en Baleares; Juan Méndez y Trinidad Soriano en Andalucía en fin, en tanto que aliancistas hicieron incommovible el núcleo internacionalista ante las acometidas de los marxistas.

La Alianza fué, también, un baluarte durante los años negros de la represión contra el cantonalismo y cuando la restauración de la monarquía borbónica. Y fué el centro nervioso durante los siete largos años de clandestinidad que van de 1874 a 1881. Pero, como las monedas, la Alianza tenía su anverso y reverso.

El propio Bakunín, que había proclamado que el peor de los gobiernos hubiera sido un gobierno de sabios, cayó en una contradicción al crear la Alianza. Mejor dicho, su contradicción interviene en el momento en que pone en juego paralelamente, en España, el Núcleo internacionalista y la Alianza.

Como sabe todo el mundo, Fanelli había sufrido un error (quizás voluntario), que consistió en poner en marcha la Internacional española con los estatutos de la Alianza de la Democracia Socialista. Bakunín se enfadó mucho. Su propósito era un paternalismo de la Alianza, pero secreto, entre bastidores, sobre la Internacional.

Este propósito, cargado de buenas intenciones, está bien en teoría, con el lápiz en la mano y frente al papel. Pero al ir a la práctica empiezan a surgir las dificultades. En primer lugar, ¿quién escoge a los escogidos? ¿Quién selecciona a quién? ¿Hasta qué punto un seleccionado es selecto?

El punto de vista de Bakunín es paternalista. Divide a los hombres en dos categorías: protegidos y protectores. No nos empachemos de palabras: en dirigidos y dirigentes. En vigilados y vigilantes. Y aquí una nueva pregunta: ¿Quién vigila a quien vigila? El paternalismo, con cuño oficial u oficioso, es autoritario.

Que en el seno del conjunto humano destaquen naturalmente unos individuos sobre otros, por su inteligencia, por su espíritu de sacrificio, por su iniciativa pronta y certera, e impongan una suerte de vasallaje moral, esto, además de inevitable, puede ser plausible. No es inevitable, natural ni plausible formar artificialmente estas élites, y menos si tenemos en cuenta la susceptibilidad del hombre al error y a la vanidad.

Vamos a suponer que los primeros seleccionados sean verdaderamente selectos, que ya es mucho suponer. ¿Quién puede impedir que los segundos y terceros lo sean? ¿Quién podrá impedir que los no selectos, a la larga, acaben por desbordar a los selectos? En un asunto tan trufado de sutilidades psicológicas y hasta filosóficas, en que las quisquillosidades de principios le son consubstanciales, no se concibe que en el templo de la selección de los selectos haya puertas ni porteros, ni que se extiendan en él diplomas o certificados que acrediten los quilates del específico químicamente puro. Por lo tanto, el mérito puro es incontrolable y, por lo tanto, es de facto que se adquiere la ciudadanía «selecta». Las puertas están abiertas de par en par. No hay quien controle y, si se escoge, se hace subjetivamente. En términos más bastos: a ojo de buen cubero. En estas condiciones la selección puede ser al revés; no de los mejores, sino de los mediocres. A salvo todas las proporciones, ¿qué diferencia puede haber a veces entre el simple ciudadano a quien un uniforme de funcionario transforma radicalmente, haciendo de un hombre tímido un mastín, y el militante «selecto», que por el hecho de considerarse y ser considerado tal se cree tres cuartas por encima de los demás?

Volviendo a la Alianza de la Democracia Socialista, algunos compañeros han sido demasiado blandos en exaltar sus

virtudes mientras cubrían con un velo piadoso sus defectos. Bakunín se volvió a enfadar al leer los nuevos estatutos que de la Alianza habían redactado los españoles. Su disgusto apuntaba al artículo tercero, que establecía el ingreso por mayoría de votos. El hubiera deseado que fuese por unanimidad. No sabemos que Bakunín objetara los artículos ocho y nueve. El octavo establece la ley férrea de las mayorías entre los aliancistas; por el noveno se puede separar o expulsar a un miembro sin comunicarle las causas de tan extrema medida. Suponemos que, enemigo Bakunín de la ley de mayorías, también se escandalizaría con el retruque. No quería caldo, dos tazas.

La cara fea de la medalla nos la enseña Anselmo Lorenzo en su gran obra cuando escribe: «La obra desorganizadora de la Alianza fué mucho más rápida que la organizadora. Antes era necesario estar al tanto de todos los asuntos de la organización, haber preparado las soluciones en reunión secreta y trabajar en el seno de las secciones, federaciones, comisiones, comités, consejos, periódicos, congresos y conferencias para obtener los acuerdos deseados. Después bastó insinuar una calumnia en desprestigio de un individuo o de una entidad y servirse del correo para producir la hostilidad necesaria y conseguir el objeto deseado.»

En otra parte del mismo libro, Lorenzo profundiza un poco más su análisis crítico diciendo: «Bakunín confió en la libertad y en su propia energía. Incapaz de crear una fuerza como la representada por la Internacional, viendo su objetivo revolucionario, se adhirió a ella y aplicó su criterio eminentemente ácrata a combatir el autoritarismo, la reglamentación y la sumisión en ella dominantes. Los que siguieron a Bakunín distaban mucho por lo general de elevarse a su concepto de la libertad. Bien pude observarlo en las reuniones de las secciones de la Alianza Socialista en Madrid, Valencia y Barcelona, donde los aliancistas practicaban la propaganda por la imposición hábil más que por la persuasión y la convicción ilustrada.»

Digo yo que Lorenzo también estaba convencido de que el solo proyecto de una selección de selectos es muy fácil con el lápiz en la mano, pero muy difícil operando con el material humano.

Más abajo, Anselmo Lorenzo es más incisivo con el aliancismo de sus pecados y con Bakunín mismo: «Marx y sus sectarios —escribe—, Bakunín y los suyos, los de «La Emancipación» por una parte, y los de la Alianza y el Consejo Federal por otra, no reconocían, por más que lo proclamaran constantemente, que la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos, sino que obraban como si los trabajadores, como menores incapacitados, hubieran de ser emancipados involuntariamente, sin sentir previo deseo...»

Quien haya leído «El proletariado militante» sabrá que uno de los elegidos entre los elegidos, uno de los escogidos entre los selectos, Anselmo Lorenzo, fué víctima de las acechanzas de sus colaboradores, y quizás en mayor grado de la euforia extremista de los recién llegados. El drama de Lorenzo consistía en resistirse a tener que defender el ideal con procedi-

mientos que el ideal prohíbe. Ciertas maquinaciones muy bien intencionadas, pero inadmisibles, para combatir al adversario, le repugnaban. Para él, el fin no justificaba todos los medios.

Por otra parte, no rindió jamás la ética del socialismo internacionalista. Este socialismo había sido el primer amor romántico de su juventud y había hecho de él un militante convencido, ferviente y resuelto. En él había arraigado hondamente aquella divisa tan maravillosa, una de las raras perlas del genio de Marx, que era principio y fin, declaración de principios y finalidades al mismo tiempo, alfa y omega de la doctrina socialista: «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.»

Anselmo Lorenzo había captado con certera perspicacia la esencia socialista por excelencia que quiere despertar en el desheredado de la fortuna social su propio sentimiento de dignidad y su propia voluntad emancipadora como condición indispensable de la verdadera libertad. Y supo advertir el peligro que significa pretender que la voluntad precisa de un guía, de un protector, de un guardián, de un aparato ortopédico mediante el cual, el protector, el paternalista se sustituye al protegido, al prohijado, subordinándole, invitándole al relajamiento de la voluntad, a la domesticidad, al embrutecimiento servil.

Se me podría muy bien objetar que el diamante en bruto que es el hijo del pueblo, necesita del golpe de mano de los más capacitados y expertos, pues nadie nace enseñado. Efectivamente, nadie nace enseñado. Esta es la frase. A esto contesto que la pedagogía moderna, y sin duda la de Ferrer Guardia antes de caer la suya bajo la estrechez antipática y ridícula de ciertos grupos y sindicatos, se orienta, no ciertamente por los fueros de los escultores de almas humanas, sino que prodiga todos sus esfuerzos en hacer que el educando desarrolle y robustezca su propia personalidad. En este sentido es como se ayuda al alumno: ayudándole a que se ayude.

En el terreno de la iniciación, en el de la propaganda y el proselitismo, si se pierde de vista que el ente sobre el cual operamos goza de un fuero inviolable, y que más que sostener a este ente en nuestros brazos lo que importa es estimular sus propias facultades dormidas o en potencia para que pueda sostenerse sobre sus propias piernas; cuando llevamos nuestro celo paternalista a hacer del prosélito un instrumento amorfo, una copia al carbón de nosotros mismos, o queremos reproducir el mito de Pígalión, entonces, sobre empujar por la vía muerta el carro de la evolución, sobre detener u obtaculizar el progreso, cometemos un acto de avasallamiento autoritario cualquiera que sea el ropaje con que lo vistamos.

Tanta rectitud, escrúpulos y honestidad hicieron que Anselmo Lorenzo pareciera sospecho a sus propios compañeros, demasiado envueltos por la vorágine de las pasiones para poder comprender su caso de conciencia. Por eso, cual jueces implacables, lo juzgaron y lo condenaron. Escribe Lorenzo amargamente: «Cuando los jueces de la farsa se creyeron satisfechos, sin más defensa que la que yo mismo hice con la sencillez

de mis respuestas, me despidieron, y me retiré con la dolorosa sensación de ver mi entusiasmo por el ideal y mi constante trabajo, recompensados por segunda vez con negra ingratitud. Supe después que aquella conferencia me había expulsado de la Federación Regional no sé por qué crímenes y encargaba a la Federación Local de la población de mi residencia que me vigilase constantemente...»

¡Qué implacable es la justicia humana cuando tiene tras de sí una mística! ¡Cuán horrible si esta mística es doctrinaria! ¡El tiempo, que horada las rocas y erosiona las montañas, limándolas hasta convertirlas en colinas, qué poco ha podido para esterilizar estas siembras perniciosas! ¡Frescas como rosas con espinas han llegado hasta nuestros días!

Pero hay un aspecto que quiero dejar bien sentado. En panificación existe la fase final de elaboración de la masa por la levadura. Pero cuando la masa ha adquirido fuerza, cuando ha hecho su subida, levadura y masa se funden en una misma cosa: el pan nuestro de cada día.

Un cierto paternalismo puede ser tolerable en la fase fundacional de un movimiento de masas. Pero cuando este movimiento ha pasado de la fase coloidal o cartilaginosa a la ósea y muscular, querer seguir empleando las andaderas es hacer bueno el razonamiento sofista de los próceres autoritarios. Estos no consideran nunca maduro al pueblo para la libertad.

Así, pues, quemada la etapa inicial, los selectos y los no selectos deben fundirse, trabajar codo a codo, tratarse de tú a tú, colaborar en la misma empresa. Querer todavía mantener jerarquías, querer que persistan las distancias o los estamentos paralelos, revela un atavismo segregacionista. La comunidad de los no elegidos se parecería demasiado al ghetto, a la judería.

Todo cuanto dejo apuntado no niega lo más mínimo el derecho a la existencia de un movimiento marginal afín a la CNT aplicado al estudio histórico-filosófico de la libertad y la autoridad, y de aquellos aspectos analíticos y constructivos de la problemática revolucionaria. Decimos más: urge de toda necesidad en la izquierda extrema revolucionaria española, un movimiento anarquista fiel a su misión de valorar, enriquecer y propagar el más bello, justo y esperanzador ideal de la humanidad.

Más todavía: es indispensable que los ácratas estudiosos, voluntariosos y expertos en todas las sutilezas de la libertad y en todos los subterfugios de la autoridad, no se queden al margen instalados en la torre de marfil. Sino que traben estrecho contacto con el pueblo-pueblo, con los trabajadores, intervengan en sus problemas, participen de la lucha por la conquista del pan, en la cruzada de dignificación de los humildes frente a la brutalidad de los sicarios estatales, trabajen por el rescate de los ignorantes de los fumaderos de opio electoral y parlamentario.

Pero todo esto dentro de los organismos laborales, en los sindicatos, no como pretores o procónsules, sino como afiliados y militantes de base. Brindando iniciativas, ejemplarizando con

la probidad de su conducta, rastreando y señalando las desviaciones peligrosas, ayudando a atacar el morbo burocrático y la traición solapada.

Todo esto, preferentemente, sin salir de filas. Ocupando los rangos más modestos. Sin ceder a la tentación lideresca. Sin engolfarse en la mollicie burocrática. En suma: sin poner jamás en entredicho la limpieza del ideal, sin negar con los hechos lo que se afirma con las palabras.

¿Está claro todo esto? Pues éste fué siempre mi punto de vista. Como podéis ver, no tengo nada que ver con esa fotografía de enemigo público número uno del anarquismo específico que me han colgado. El enemigo público número uno del anarquismo específico es la propia organización anarquista específica cuando se ha perdido de vista a sí misma.

En España, desgraciadamente, en lo que va de siglo no han nacido grandes figuras del anarquismo. Las que conocemos son más bien del siglo pasado. Me refiero a Anselmo Lorenzo, anarquista y militante obrero en una pieza, autor de varios libros de teoría militante aparte su interesante obra histórica. Tras él vienen los maestros de la segunda ola, de la que destacan Ricardo Mella y José Prat. Estos no son propiamente militantes obreros. Pero estos tres hombres, cada uno desde su ángulo de tiro, contribuyeron poderosamente a prestigiar el anarquismo con sus exposiciones, clarificaciones y críticas, manteniéndolo en el lugar que le corresponde.

El movimiento anarquista organizado, tal como lo conocemos ahora, tuvo origen en la conferencia celebrada en Valencia en 1927. Su pecado original fué nacer para velar por la integridad ideológica de la CNT y no para la integridad ideológica de sí mismo. Se parte demasiado de lo absoluto, de la supuesta suma de perfección propia. Este punto de vista es escolástico. La filosofía escolástica considera que la verdad y el error no deben ser tratados en el mismo plan de igualdad. Aquí, que para la filosofía escolástica termina el problema, para el racionalista no hace más que empezar. Y empieza con estas terribles preguntas: ¿Dónde está el error? ¿Dónde está la verdad? Ni que decir que el razonamiento del vulgo es cien por cien escolástico. Y el de muchísima gente que no es vulgo. Así va la lógica manga por hombro.

Al nacer la FAI, ésta tenía en el subconsciente el esquema mental de la antigua Alianza de la Democracia Socialista. Nada sorprendente que las consecuencias fueran las mismas. La declaración paternalista de principios de la conferencia de Valencia haría de la FAI más que otra cosa una organización revolucionaria tutelar. Revolucionaria porque dió el ejemplo en el combate cuando las avalanchas insurreccionales de 1933. Pero tanto fué su celo en los problemas de la CNT que se disolvió completamente en esta organización. Quiere decir que abandonó casi completamente lo fundamental de una organización que se titula anarquista. No vió sino el harto limitado problema del desviacionismo en la CNT, no en sí misma.

Y combatió el desviacionismo político, confundiendo muchas veces los gigantes con los molinos de viento, con el mismo

furor que sus precursores aliancistas. La investigación, elaboración y formación anarquistas fueron dejadas al albur de contadas individualidades perseverantes. Así se produjo la burocratización de la Específica y el poco y basto doctrinamiento del censo confederal.

La burocratización de la Específica proviene de su enquistamiento o enfeudación en la CNT a través de unos intereses adquiridos y celosamente defendidos que llamamos *trabazón*. Esto acentuó el descenso del coeficiente anarquista en los representantes específicos, quienes devinieron, si no impopulares, porque la masa confederal es impactó fácil de la mística providencialista, si fué blanco de crítica descarnada de minorías inconformistas.

Este paternalismo y el desasosiego consiguiente entran en un ochenta por ciento como ingredientes en la descomposición orgánica confederal de los años 1931-36. La sedición «treintista» aguijó aún más en la Específica su concentración en las posiciones estratégicas confederales. Por otra parte, si los sediciosos eran unos «rajados», como se dice vulgarmente, que le hacían ascas a la revolución, fué comprensible que sus flageladores dieran en exagerar la nota revolucionaria hasta límites demagógicos inconcebibles. Así fué diluyéndose el espíritu anarquista en la organización sindical que por aquellos tiempos era cien por cien inflacionista.

La gran catástrofe no tardaría en producirse. La FAI fué asimilada y digerida por la organización que ella pretendía dominar. A tal extremo que, lógicamente, ya no tenía razón de existir, pues ambas organizaciones eran una misma cosa. Los hombres eran los mismos, los puntos de vista, las reacciones, la mentalidad, idénticas. Pronto no tendría la FAI razón de existencia, ni siquiera por la sola razón que le dió vida en 1927. Creada entonces para defender a la CNT de las desviaciones políticas sucumbió la primera cuando en julio de 1936, pasado el episodio de las barricadas, se presentó la prueba de fuego. Entre los protagonistas de la desviación confederal figuran en primera fila los fieros jabalíes del antirreformismo. Pues es el secreto de Polichinela que de los cuatro ministros confederales del gobierno de Largo Caballero, Federica Montseny y García Oliver representaban a la FAI.

Pero vayamos a lo que interesa. ¿Se ha rectificado esta conducta? No digáis demasiado pronto que sí. Que la Específica llevase la batalla de recuperación cuando la prueba de fuerza de 1945 no nos dice nada. Aun suponiendo que los no específicos no estuviéramos para nada en este enderezamiento, creo que se ha demostrado que de poco sirven los sinapismos antipolíticos solos llevados a tambor batiente. Sin tanto ruido de armas, pero con más trabajo anarquista, los resultados serían más prometedores. ¿Porque qué se gana con echar a los políticos de la CNT si el apoliticismo de los grupos de presión se erige en casta dominante, en suma: en partido político, prefabricador de acuerdos y de campañas electorales, que pueda servir de alas para cualquier ambicioso pegaso?

Vayamos a resumir esta larga disertación. La actual guerra preventiva se ha desencadenado bajo el lema de la defensa

de los principios. Pues vamos a ver, ¿quién ha atacado los principios? Ya hemos dicho que la cuestión de los patronos alegada «après coup» por un sector de compañeros venezolanos no se había planteado nunca orgánicamente en la Confederación. El problema había que reducirlo a sus justas proporciones y nada más. Se plantea el problema orgánicamente, en el área intercontinental si se quiere, y no creo que tuviese defensa posible. Los compañeros promotores podían hacer esto desde el seno de la Organización y no crear un caso explosivo al separarse de ella. Pero se prefirió complicar las cosas, enredar la madeja en los precisos momentos en que la Organización se reagrupaba con vistas al supremo objetivo de la guerra contra Franco.

La cuestión de Provenza tampoco justifica la guerra. ¿Que los compañeros de Provenza no estaban de acuerdo con la reunificación y la Organización la deseaba? Había muchas maneras de solucionar esta desavenencia. Los compañeros no deseados como individuos, luego tampoco como Federación Local, luego como individuos y no como Federación Local, luego como Federación Local pero con otro nombre, luego con otro nombre todavía, luego ni con nombre, ni sin nombre, ni derechos, ni de rodillas, ni de canto, ni acostados... En estas condiciones, naturalmente, no había manera de arreglar el problema de estos compañeros. Lo que quieren los compañeros de Provenza es que nos coja el toro.

¿Qué más hay por ahí, el programa mínimo CNT-UGT? Cuando surgió la polvoreda por este pacto, que yo reputo de desgraciado a muchos títulos, como demasiado atrevido, como inoportuno y como innecesario... Cuando se planteó el escándalo del programa mínimo, repito, ya hacía tiempo que hacía furor la guerra preventiva. El escándalo fué simplemente utilizado como combustible.

¿Hay algo más? ¿El Partido Libertario? Los componentes de este grupo estaban ya muchos de ellos en la CNT al ocurrir la reunificación. Que yo sepa no han creado todavía ningún problema a la Organización, a no ser que sea problema la especulación más o menos fundada sobre sus intenciones. Por mi parte les auguro el mismo éxito que tuvo Angel Pestaña. Pero atención, que a Angel Pestaña se le adelantaron en la suprema pirueta los que le habían excomulgado.

No nos cansemos en averiguar. En el fondo del fondo no hay más que celos, exceso de amor propio, intolerancia, pereza mental, amor a la ley de menor esfuerzo, horror al más allá, vejez, amargura, frustración, por una parte; por la otra, un desasosiego, un furor impulsivo por romper moldes, un esfuerzo de anticipación, una inquietud por las complejidades del problema español mañana, en España, en la eventualidad de una vuelta a ponernos en marcha, una obsesión por el despliegue de una nueva estrategia que nos sitúe en condiciones de afrontar las peligrosas sugerencias de todo orden dimanantes del hecho de la transición misma que en España se plantea y del acecho, acoso y cerco que han de ponernos nuestros muchos adversarios y enemigos.

Y sobre todas las cosas están las cuestiones de principios. Porque sí, compañeros, los principios están en peligro. Pero los principios a que yo me refiero no son los principios que se supone por ahí que están en causa. No se trata de los principios apolíticos, pues no siéndonos permitida ninguna acción política de trascendencia en el exilio, su salvaguardia, como se dice por estas tierras, es una simple cuestión de policía. No se trata del principio de la lucha de clases ni de la acción directa. La integridad de estos principios, o mejor tácticas, nos la reservan con todas las garantías los gobiernos de los países de exilio no permitiéndonos tampoco ninguna acción social ni corporativa.

Los principios que yo veo en peligro no son tampoco de tipo filosófico. Pues esta clase de inquietudes sólo ha preocupado a un número limitado de militantes estudiosos o especializados. Los principios que están en peligro, queridos compañeros, son a mi modo de ver mucho más importantes, porque son los verdaderos principios. Y son los verdaderos principios porque son los principios de todos, los que todos los compañeros ven y pueden tocar con sus manos. Se trata de principios concretos, no de principios abstractos, más o menos conceptistas. Son, en una palabra, nuestras normas funcionales.

La CNT forma una gran familia que se rige por unas normas de relación que garantizan y exigen en la misma medida todos los derechos y todos los deberes. La CNT no es un cohete para trasladarnos de la infernal sociedad capitalista y estatal a una sociedad perfecta situada en cierta parte de la estratosfera. La CNT, en tanto que gran comunidad familiar, es ya en cierta medida un avance de nuestra sociedad ideal. En la CNT se hace carne el principio social de la solidaridad o el apoyo mutuo. En la CNT se adquiere la mayor cantidad de libertad posible mediante la menor cantidad de sacrificio también posible. Esto quiere decir que no hay derechos sin deberes ni deberes sin derechos. A la CNT la mueve la nueva fuerza motriz que llamamos federalismo que es el principio de autonomía funcional que va del individuo hasta el grupo, y viceversa: del grupo hasta el individuo.

Pues bien, todo esto tan concreto, tan sustancial, tangible y experimental, todo esto que forma la razón de ser de la CNT, su alma y su cuerpo, todo esto que es la CNT misma, todo esto está en peligro, lo ponen en serio peligro los que lo supeditan, lo subestiman, lo vulneran, lo rompen en aras de unos supuestos principios transparentes, ingrátidos y mágicos. Los verdaderos principios son la práctica federalista. Es la autonomía en todos los compartimentos: en el individuo, principio social y biológico concreto; en el grupo, en la Local, en el conjunto. Es el principio de libertad con reciprocidad y su circulación en todas las direcciones, no en dirección única. Es la tolerancia y el espíritu de sacrificio, mediante el cual se está a las buenas y a las malas, a perder y a ganar, a las verdes y a las maduras, sin escenas, rabieta ni pataleos de niños maleducados. Y es el verdadero principio la soberanía sin paternalismos ni superestructuras.

No le demos vuelta. Estos son los verdaderos principios, y, como hemos visto, están en peligro de muerte. Libremos, compañeros, nuestra mente de fantasmas, gigantes y encantadores. Nuestros principios, los verdaderos principios, el sentido de responsabilidad orgánico, la autonomía de vaivén, la justicia con reciprocidad, en suma: el federalismo funcional, están en peligro.

Salvémoslos.

